

## DE GAULLE: UNA VISIÓN SUBJETIVA

RAFAEL SEGOVIA

¿QUÉ ES LO QUE NOS convoca hoy a celebrar el centenario del nacimiento del general De Gaulle? ¿Celebrar o conmemorar, como está de moda discutir? ¿Nos reuniremos otra vez, dentro de poco, para recordar el centenario del nacimiento de M. Mitterrand? Bicentenarios y centenarios, éste nos ha traído hasta aquí voluntariamente, porque, cada uno a su manera, encontramos algo excepcional en Charles De Gaulle. Para unos será el héroe de la Francia libre, para otros el restaurador de la República francesa después de la Segunda Guerra y el instaurador de la V República, dependiendo del humor, inclinaciones políticas y aficiones históricas de cada cual, como hay quienes se detienen en el militar visionario o en el político excepcional, cosas que no suelen ir de la mano. El primer presidente de la V República aparece, pues, como un hombre proteico, capaz de saciar todos los gustos y servir de piedra de toque —más bien de agua regia— para todas las pasiones presentes y pasadas. Puede ser que también sirva para evaluar las futuras.

Abordándolo por el lado que sea, De Gaulle es una figura excepcional del siglo xx. No voy a detenerme en su biografía, pues sería una pretensión ridícula, mía o de cualquiera, después de la publicación del libro impecable y exhaustivo de Jean Lacouture, donde se pueden hallar ideas y materiales para meditar toda una vida. No queda, no me queda, pues, sino el triste y fácil recurso de decir qué pienso yo de De Gaulle, hecho atrevido —no soy un especialista pese a mi admiración por él— y, lo tengo bien presente, un tanto aburrido. Lo que aquí quiero decir es la importancia crucial, decisiva, que una persona y lo que encarna pueden tener cuando se da la archiconocida circunstancia del encuentro de un hombre con una coyuntura histórica, y la sabe aprovechar.

Empecemos por un lugar común: de no haber sido Francia derrotada como lo fue en 1940, De Gaulle no aparecería, como aparece hoy, en el *Petit Larousse*. Fue un buen estudiante de la academia militar de

Saint-Cyr y autor de un par de libros escritos en una dirección del Ministerio de la Defensa. Es de hecho un coronel de armas blindadas. Terminó su carrera militar, colmo de la coquetería, con dos estrellas (general de brigada) a título provisional. Las dos estrellas provisionales hubieran sido definitivas: la gloria está precisamente en esa precariedad, en vivir en *le fil de l'épée*.

Apenas escrito esto se advierte la injusticia y la petulancia de este juicio apresurado, según el cual sólo la coyuntura fue la base de su gloria. No, lo primero que es necesario reconocer y decir es la inteligencia superior de este general, su cultura enciclopédica, la capacidad para adivinar el futuro, el carácter que se refleja en un estilo personal y literario que muchos que viven de la pluma quisieran para sí. Planteado y aceptado esto —si es que se acepta— encontraremos una serie de virtudes, de capacidades no tan de manual. La flexibilidad, el silencio equívoco y la palabra engañosa y, si no engañosa, ambigua, el halago en el momento necesario y el desprecio cuando la situación lo exigía, el desengaño esperado y a veces se antoja, buscado. En resumidas cuentas, las armas del político.

Si volvemos a releer sus *Memorias de guerra*, más que el hombre de acción intrépido e impetuoso, más que el estereotipo del militar capaz de terminar una situación absurda y deshonrosa con un acto igualmente absurdo pero heroico, damos con el hombre de la paciencia y del cálculo llevados sobre una base de intransigencia y convencimiento silenciosos. De Gaulle, durante los años de la Francia libre, no es sólo un refugiado en la Gran Bretaña, dueño de unos cuantos soldados y de un puñado de agentes inexpertos, con mando sobre unos cuantos barcos y con una aviación simbólica, teniendo por enemigo a la casi totalidad del ejército francés del armisticio, que si bien estaba desarmado en lo que a instrumentos de guerra se refería, no lo estaba de antipatía hacia quien había roto la disciplina. No se puede tampoco olvidar que el mariscal Pétain había sido elegido jefe del Estado en Francia, en lo que quedaba de Francia, ni los conflictos surgidos entre el comandante De Gaulle y el mariscal, acostumbrado a firmar artículos y libros escritos por otros. Ni se puede ignorar cómo el futuro mariscal a título póstumo, De Lattre de Tassigny, fue miembro del consejo de guerra que le condenó a muerte. Todo ello problema militar, problema de disciplina que De Gaulle sabrá convertir en problema político: le perdonará la vida a Pétain y a De Lattre le confiará un ejército, pues el rigor de los tiempos y de la política así lo exigirán.

Roosevelt, Churchill, Stalin. Y De Gaulle. Conviene poner un punto y seguido entre los primeros y el cuarto. No son fuerzas comparables durante la guerra ni en los años inmediatos posteriores si se con-

sidera lo siguiente: los patéticos esfuerzos de De Gaulle por ponerse a la altura de los auténticos jefes de los aliados, su voluntad incesante de no abdicar una misión por él considerada histórica, el rechazo de los jefes que salidos como él de la derrota buscaban cerrarle el paso —como Giraud— por temer lo que en efecto debían temer, que De Gaulle tenía ideas y era capaz de llevarlas a cabo.

Durante el segundo conflicto mundial, su fuerza política se advirtió, con una presencia que no correspondía para nada con sus medios, en todo el mundo. Desplegó habilidad, desde luego, pero una habilidad compuesta de astucia y energía, donde supo beneficiarse tanto de la simpatía tradicional del mundo por Francia como de una inteligencia francesa (de izquierda, desde luego) rebelada ante la barbarie alemana —inteligencia, debe puntualizarse, poco o nada apreciada por De Gaulle, que veía en ella una de las causas del declinar francés. Serán los hombres poseedores de esa inteligencia quienes funden en México el IFAL, creación cien por ciento de la Francia libre y aborrecida por una parte más que sustancial de los franceses del extranjero, aún pasmados por la gloria de Pétain y la resistencia heroica de Verdún. Pese a las dificultades y a la hostilidad manifiesta, De Gaulle se impondrá en México, en el Canadá, en los Estados Unidos y en toda América Latina, desde luego, donde la gallardía y el sentido del honor predominarán hasta sobre el conservadurismo más recalcitrante.

El poder de la imagen estuvo siempre con él, cosa que, bien mirada, no deja de sorprender. Durante la guerra, luchar contra la Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista situaba a quienes participaban en esa lucha automáticamente a la izquierda, al menos en una visión miope y popular. Después se sabrá que muchos hombres procedentes de la derecha y de la extrema derecha francesas acudieron al llamado del 18 de julio, que de ellos saldrán (como de las filas de la izquierda) mártires y héroes, pero en ese momento De Gaulle supo, con su maestría verbal y sus sabias dosificaciones, esconder las rupturas que se producían dentro de la Francia libre y de la Resistencia. Una vez más, virtud del político.

La imagen de De Gaulle resulta, en Francia y fuera de ella, mítica y casi sagrada. No fue esto resultado del capricho de la fortuna. El cuidado aportado a su propia imagen, a cómo los demás le veían, fue en él preocupación constante, obsesiva. Tan pronto como vio su efigie empañada por lo que llamó “las delicias y los venenos del sistema”, en cuanto tuvo conciencia de que fuerzas superiores a las suyas ponían en duda su legitimidad y su autoridad, se retiró a su Aventino, a esperar. ¿Fue un cálculo frío y racional lo que le llevó a no participar en los años de reconstrucción, discordia, inestabilidad gubernamental,

creación de Europa, asentamiento desequilibrado de la vida política francesa? Sea cálculo frío o ardiente indignación, ni por un momento le rozan los escándalos que, según Phillip Williams, son la expresión política de la ruptura profunda que divide a la sociedad francesa. De Gaulle no se benefició de las regalías de sus obras; no participó en ningún *affaire* ni dio pie a que se hablara de su vida privada en un mundo devorado precisamente por el dinero, que despreciaba abiertamente.

La paciencia, que no suele ser la virtud más destacada del político, también aparece en De Gaulle. En el profético discurso de Bayeux precisa cuáles han de ser las instituciones de la Francia futura que él gobernará. El programa no deja nada fuera: ejecutivo fuerte, pérdida por parte del parlamento del poder absoluto de que goza bajo la IV República, partidos reducidos, referéndum. Después, una espera de doce años durante los cuales se le construye una imagen de dictador en potencia, ante la impotencia de los partidos y del parlamento para resolver el problema número uno, la descolonización.

No es que los hombres que encabezaron los gobiernos de la IV República carecieran de habilidad, de inteligencia o de capacidad maniobrera. Más bien les sobraba todo esto; de lo que estuvieron privados fue de imagen, de aceptación pública general, llegando así a situaciones dignas del teatro del absurdo, como imponer pseudosoluciones diametralmente opuestas a lo que pensaban, con tal de mantener un gobierno quince días más en el poder. Y, cuando en verdad fueron honestos, sus mandatos duraron quince días menos.

No es la IV República un momento político francés condenable *in toto*. Francia creció, Europa empezó a reunirse otra vez bajo el impulso de hombres como Jean y Robert Schuman; pese a los déficit producidos por las guerras coloniales hubo orden en las finanzas, la administración se modernizó y la industria también, despegó un programa nuclear y las letras y las artes vivieron una época de oro, a pesar del tono pesimista general de esos años. Lo único no resuelto fue el problema político. Pasados doce años, se advirtió que la solución estaba fuera de las instituciones existentes.

El 13 de mayo tiene un paralelismo sorprendente con la investidura del mariscal Pétain como jefe del Estado. Es un golpe de Estado legal, quizás agravado en el caso gaullista por estar montado en una sublevación militar. Apasionante como caso de estudio, como fenómeno peculiar e irrepetible, la llegada del general al poder muestra la permanencia y el cambio del hombre durante los doce años de travesía del desierto. Su popularidad llega al máximo. Su esencia personal y su inconfundible estilo se han depurado y consolidado. Maneja a las masas como un tribuno romano, ayudado por un discurso franco y directo,

de efecto inmediato hasta que se analiza meses o años después y se advierte una intención implícita distinta de la anunciada o, al menos, se conocen las puertas que quedaban abiertas para soluciones opuestas incluso a las propuestas. De lo que nadie duda —aunque haya siempre un grupo de irreductibles— es de su capacidad para encarnar la legitimidad política por encima de cualquier legalidad. Disponiendo de un poder nacional de hecho ilimitado, cumple al pie de la letra el programa propuesto en Bayeux, al menos en lo que a las instituciones se refiere. La constitución de la V República es el discurso pronunciado doce años antes, articulado de manera legal. No hay el menor asomo de totalitarismo, aunque permite el gobierno personal; el parlamento conserva un papel decisivo dentro de una rigurosa separación de los poderes, pero no hay igualdad: la primacía es del ejecutivo y, de hecho, de De Gaulle. Es un traje a la medida esta constitución, pero que les vendrá perfectamente a otros aunque no midan dos metros.

Una de las obras maestras de la política en el siglo XX es la descolonización de Argelia llevada a cabo por el presidente de la V República. El avispero creado por la IV se antojaba sin salida y, como De Gaulle señaló, impedía cualquier otra cosa tanto dentro de Francia como fuera de ella. La irradiación de la cultura francesa, el lugar que le correspondía a Francia en Europa y más allá, todo estaba congelado ante el conflicto colonial. Puede pensarse que las descolonizaciones efectuadas por los otros países europeos ni fueron tan sangrientas ni rompieron a las naciones. Tampoco puede absolvérseles sin más, pero puede pensarse también que ninguno encontró la situación que De Gaulle halló.

La magia gaullista se encontró en el discurso y en una autoridad personal como Francia no había conocido en este siglo. Discursos y conferencias de prensa, en principio improvisados, son ejemplo de cadencia y de avance hacia un objetivo. Bajo un lenguaje fácil, divertido, suelto, releídos discursos y conferencias se percibe una organización militar, precisa y flexible, donde surgían a cada paso obstáculos y peligros. Como buen soldado sabía que el valor, la vanidad o los intereses de los hombres contaban poco ante lo que debía concluir en la conquista de un objetivo designado de antemano y designado por él. Lograr que los partidarios más decididos y brutales de la Argelia francesa —un Debré, un Delbecque— se plegaran a su voluntad, sólo fue posible por la proyección de una personalidad única y el temor ante el rencor de un hombre que aceptaba las necesidades impuestas por la acción política sin perdonar fácilmente.

Entre elección y referéndum, referéndum y enmienda constitucional, y de ésta al sondeo de opinión, se lee —y con seguridad fue el pri-

mero en percatarse— que a medida que el partido que le apoyaba su-  
bía elección tras elección, los votos por él —cuando eran su persona  
y su política personal lo que se ponía en juego— caían con una veloci-  
dad alarmante. Había creado y consolidado una nueva República y  
había incluso modificado el ser político de Francia, pero eso tenía un  
precio y la cuenta se le pasó íntegra. En parte por el rencor de los su-  
yos, el cansancio que produce el hombre providencial y su fastidio al  
ver reproducirse el juego político aborrecido, terminó cayendo en una  
escaramuza sin importancia, planteada y buscada por él mismo. Segu-  
ramente inventó el pretexto para, como lo escribió, poner fin a sus fun-  
ciones ante sí mismo.

En la multitud incontrolable de lecturas hechas a lo largo de su vi-  
da, debieron caer en sus manos, en algún momento, las obras de Bar-  
bey d'Aurevilly y su ensayo sobre el dandismo. De otra manera no se  
puede, o al menos yo no puedo, comprender su comportamiento. El  
desdén por las masas, el en apariencia no tomar los problemas más  
graves con un tono lúgubre, la desconfianza de los hombres, el horror  
de la vida estrecha y mezquina de las organizaciones, la soledad, todo  
ello nos señala a un dandy de la vida política. Qué pensaba en su fuero  
interno nos llega por sus famosas *boutades*, cargadas de ingenio y de  
amargura, que más que *boutades* son auténticos aforismos. Desencanto,  
soledad, orgullo y un saber levantarse por encima del común de los  
mortales, por sentir que tenía un papel que desempeñar y un destino  
que cumplir: lo hizo como un maestro o, mejor aún, como un dandy.